

La libertad femenina en tiempos de Juana I de España: inspiradas por Juana de Arco

María-Milagros Rivera Garretas

La matriz de la libertad

La vida de la primera reina de España, Juana I, humanista de formación y estilo de vida, mal llamada La loca, marcó decisivamente la cultura y la historia de la primera mitad del siglo XVI español, su siglo más humanista.¹ Lo prueba el esfuerzo gigantesco hecho durante su vida y durante los cinco siglos siguientes por negarla, por reducirla a una pobre mujer desgraciada. La cantidad de violencia hermenéutica usada sin tregua contra ella dice que algo muy grande tenían delante sus detractores.

De la reina Juana I, lo grande fue, en mi opinión, su libertad, libertad, en ella, femenina, relacional, totalmente independiente del sentido masculino moderno y postmoderno de la libertad, que es individualista. Sentido distinto, no contrario ni tampoco reducible a la libertad masculina. O sea, virgen.

Sobre la grandeza y el talento relacional de Juana I, baste recordar que reinó siempre con su hijo Carlos I, como testimonian cantidad de documentos reales; y que este, Carlos I o V, precisamente abdicó de la corona de España meses después de la muerte de ella, su madre, la reina Juana. Juana I supo seguir y consolidar la tradición existente en León-Castilla de una forma femenina de entender la realeza, que fue la monarquía en relación: con dos en la cúspide, no uno: algo que recuperaría la filósofa Luce Irigaray en la Unión Europea en el siglo XX; sin éxito, porque resultaba impensable. Baste recordar también que Juana I de España fue la reina o rey más poderosa del siglo XVI, a consecuencia de la unificación (sin guerras) de España en un solo reino y del descubrimiento y colonización de América, territorios más sustanciosos e interesantes que los del imperio de la Casa de Austria.

Inspiradas por Juana de Arco

Lo que yo querría compartir hoy, sin embargo, es una idea general que se consolidó en su tiempo, el tiempo de Juana I, que creo que puede resultar fecunda en la interpretación de las humanistas, fueran escritoras o políticas o madres o artistas o cortesanas. Una idea que yo no tuve cuando escribí de las humanistas castellanas tiempo atrás. Es su condición de inspiradas por Juana de Arco, la doncella de Orléans. Juana de Arco como mujer y virgen que cambió la historia de la Europa de mediados del siglo XV contribuyendo al final de la Guerra de los Cien Años y revolucionando la política sexual. Juana de Arco como ejemplo de excelencia femenina que podía transformar la propia historia de vida. Excelencia sin más, sin comparación ni parangón posibles. Con independencia simbólica, por tanto. Independencia de sentido, de sentido de la vida y de las relaciones, a la que puede acceder y accede cualquier mujer que se mantenga clitoríca, o sea, virgen.² Mujer que no aprenda a ceder. Juana de Arco, la Doncella de Orléans, significó una matriz nueva de la libertad femenina, una matriz que fue la

¹ María-Milagros Rivera Garretas, *La reina Juana I de España, mal llamada la Loca*, Madrid, Sabina editorial, 2017. *Queen Joanna I of Spain wrongly called the Mad*, English translation by Laura Pletsch-Rivera, Madrid, Sabina editorial, 2017.

² María-Milagros Rivera Garretas, *El placer femenino es clítórico*. Madrid y Verona, Edición independiente, 2020. Colección *A mano*, 2. <https://bit.ly/EIPlacerFemeninoEsClitorico>. También en audiolibro, narrado por Eva Rufo, Colección *A mano*, 10, <https://www.audible.es/pd/EI-placer-femenino-es-clitórico-Audiolibro/B0FVYF8JNO>

virginidad: la independencia simbólica que viene precisamente de la virginidad. La virginidad es una forma de relacionarse una mujer. La virginidad trae libertad. O, mejor dicho, la virginidad es la matriz de la libertad: la necesitas para alcanzarla. Algo que hoy resulta difícil de entender a primera vista.

Pero es, en cambio, fácil poner esta idea en contraste. Durante la llamada revolución sexual del Mayo francés o mayo del 68, la virginidad no tenía sentido alguno. Era, si acaso, un estorbo. Juana de Arco estaba perdida, incomprensible. Ya no significaba nada para nosotras, las jóvenes feministas de entonces. No sabíamos qué quería decir. El Mayo del 68 fue una falsa revolución sexual y cultural en la que las mujeres perdimos mucho.

La independencia simbólica es, para una mujer, independencia de sentido, sentido de la vida y de las relaciones, sentido que no cede al patriarcado ni tampoco lucha contra el patriarcado. Ella simplemente es: es virgen, intocable por el patriarca. Una joven no instruida sino valiente porque es virgen puede tenerla en grado sumo, la independencia simbólica. Juana de Arco la tuvo. Y transformó la historia del siglo XV. La virginidad no tiene que ver con el hymen, la penetración y otras fantasías fálicas. Es sencilla fidelidad a sí misma, al propio sentir, a la propia inspiración y experiencia, a sus riesgos. No es ideológica. Es algo común y corriente entre las mujeres.

La idea de que la libertad es uno de los nombres de la virginidad (no al revés) me vino de la novela histórica contemporánea. Concretamente, leyendo la obra de Phillipa Gregory. Phillipa Gregory tiene una trilogía ambientada en la corte real de Inglaterra en los siglos XV y XVI. Son sobre todo tres novelas tituladas *The Lady of the Rivers*, *The Red Queen*, *The White Queen*. Las nobles de la Casa de Lancaster de mediados del siglo XV conocieron, algunas personalmente, todas por su leyenda, a Juana de Arco antes de su proceso, y la admiraron. Siguieron su gloria, su proceso y su condena, que algunas presenciaron, obligadas, cuando fue quemada en la hoguera en la plaza de Ruan (Rouen) el 30 de mayo de 1431. Las hazañas de Juana de Arco, muchas mujeres las admiraron, las comentaron y fueron inspiradas por ella como mujeres. Si todo era posible para una mujer inspirada, no privilegiada, incluso el encabezar un ejército victorioso, también era todo posible para ellas.

Pero no era una cuestión de poder ni de privilegio. Era una cuestión de inspiración y de virginidad: de inspiración porque eres virgen. La inspiración y la fuerza le llegan a la mujer virgen. La virginidad es condición y camino de la libertad femenina. Suena un poco ridículo todavía hoy, y fue esto lo que yo no supe entender años atrás. Daba vueltas dentro de mí a la importancia que la tradición daba universalmente a lo de la *Pucelle de Orleans*, la Doncella de Orleans, pero no supe profundizar, no supe entender clítóricamente.

En su tiempo, en cambio, las mujeres entendieron. La virgen, la que no cede, es capaz de traer al mundo lo impensable. Lo impensable excelente, lo excelso. Y las vidas cambian, la felicidad descubre vías, caminos, caminos inspirados, revelados. Que siguen siendo, al mismo tiempo, un Misterio. El patriarcado pierde fuerza en sus vidas, desapareciendo incluso. Su voz deja de ser silenciada; su pluma, rebelde: es más, más que ruido y trazo.

Un resultado deslumbrante en la segunda mitad del siglo XVI sería la reina Isabel I de Inglaterra Elizabeth Tudor, conocida ella, además, como la Reina Virgen, la reina que nunca quiso casarse ni se casó. La mujer que nunca cedió al matrimonio, es decir, a lo que ahora sabemos que tiene el nombre de contrato sexual (Carol Pateman), sin ceder ante todo un pueblo que quería y le pedía matrimonio y descendencia.

El punto está –insisto– en la independencia simbólica. En no ser encontrada nunca donde se espera encontrarte.

Phillipa Gregory, en la novela que le dedicó, titulada precisamente *The Virgin Queen* (La Reina Virgen), da una clave que creo que ayuda a entender fácilmente lo que estoy intentando decir con la expresión “independencia simbólica”. En la novela y en la historia, la reina Isabel I tuvo durante años un valido y amante llamado Robert Dudley. En 1560, la esposa de Robert Dudley murió inesperadamente en circunstancias oscuras. La novela atribuye su muerte a una orden de la reina Isabel I. La población inglesa atribuyó el asesinato al marido de ella, Robert Dudley, el valido y amante de la reina, al que convendría enviudar para casarse con la Reina Virgen. Esto era lo pensable en el momento, y la reina lo sabía. De viudo, Robert Dudley siguió en la corte como valido y favorito de la reina. Pero Isabel I no se casó nunca con él. ¿Por qué? Porque una reina no podía casarse con el asesino de la mujer de su amante y seguir en el trono. Él entendió y siguió a su lado. Así se volvió pensable que una mujer fuera una monarca absoluta, que es lo que Isabel I Tudor quería por encima de todo. Es esto lo que hizo de ella la Reina Virgen. Ella no cedió al contrato sexual. No cedió porque este contrato le da al hombre, todavía hoy, poder inexpresable sobre la mujer que entra o cae en él.

Era y es esta la gran cuestión que hizo de la Virginidad la clave omnipresente de la Querella de la Rosa y de las Mujeres o Querella de la Rosa de las Mujeres, en la que tantas humanistas participaron. Sin que esto tenga nada que ver con el catolicismo ni con la moral. Con lo que tiene que ver es con la independencia simbólica femenina.

La gran humanista veneciana que fue Moderata Fonte escribiría en 1599, en su obra maestra *El mérito de las mujeres, donde claramente se descubre cuánto son ellas dignas, y más perfectas que los hombres*, innumerables frases e imágenes equivalentes a esta:

Prima morte, che macchia al corpo mio.

Antes muerte, que mancha en el cuerpo mío.

Se trata, pues, de entender hoy en lo profundo precisamente esto. La virginidad es la matriz de la libertad. La virginidad da independencia simbólica. De nuevo, Moderata Fonte:

“quiera Dios que vosotras no sepáis demasiado pronto dar razón a otros.”

Esta afirmación no ha caducado. Sigue sin ser impensable la violencia contra las mujeres y las niñas y niños. Inexplicablemente, aprendemos demasiado pronto a dar razón a otros, o eso parece.

Juana de Arco, la Doncella de Orléans

Cristina de Pizán, la gran humanista y autora de la Querella de la Rosa de las Mujeres, fue una gran admiradora de Juana de Arco, contemporánea suya aunque mucho más

joven que ella. Juana de Arco fue, para Cristina, la realización en vida de toda su teoría política, de todo su pensamiento y escritos. Ambas murieron casi al mismo tiempo, sin que se pueda saber si Cristina supo o no supo de la condena y muerte de Juana de Arco.

Para Cristina de Pizán, Juana de Arco fue sobre todo y siempre la Pucelle, la Virgen, la Doncella de Orléans, que triunfó porque era virgen. En 1429, en Poissy, Cristina de Pizan escribió para ella, desde la emoción de su estupor ante el portento de sus hazañas, un poema épico titulado precisamente *Le Ditié de Jehanne d'Arc*.³ En este poema, Juana de Arco lo consigue todo porque es Virgen. Consigue visiones y revelaciones, que le vienen dadas por dos grandes figuras femeninas de la tradición cristiana altomedieval: Santa Catalina de Alejandría y Santa Margarita de Antioquía. Catalina de Alejandría representaba la Sabiduría femenina propia, propia de su independencia simbólica como mujer. Santa Margarita de Antioquía representaba la belleza femenina pura: margarita significa “perla”, en latín, siendo la Perla símbolo de virginidad y uno de los nombres comunes de la clitoris. Ambas, Catalina y Margarita, se le aparecieron juntas a Juana de Arco, indicándole el camino, su camino, su gran destino. Santa Catalina y Santa Margarita fueron el desdoblamiento altomedieval de la gran filósofa y astrónoma antigua Hipatia de Alejandría, la gran sabia y hermosa mujer del siglo IV-V que fue asesinada en marzo del año 415, en su ciudad, Alejandría, por monjes cristianos que la apedrearon por la calle, como ha estudiado magistralmente Gemma Beretta.⁴ Kale kai agaze, ser bella y ser buena, era en aquel contexto demasiado para una mujer según el catolicismo y tenían que ir por separado.

En *Le Ditié de Juana de Arco*, Juana es en primer lugar y siempre un milagro, un impensable, encerrado en la expresión “tierna virgen” (XI); es “Pucelle sensible” (Doncella sensible, XIV), “Pucelle beneurée” (Doncella bienvenida, XXI), “Pucelle de Dieu ordonnée” (Doncella por Dios dispuesta, XXII), “Pucelle eslite” (Doncella bendita, XXIII), “honor al femenino Sexo” (XXIV), “la Pucelle” (la Doncella, *pulicella*, por excelencia, LI).

Juana de Arco no cabe en el universo patriarcal. Tampoco está en contra. Simplemente lo desborda, es algo otro. No como excepción, aunque tendamos a interpretarla así. Sino como mujer común y corriente. Mujer que ama y dice. Mujer que sabe. Mujer que guía. Sin ceder al hombre. Sin luchar contra el hombre. Sin mácula.

El secreto está en mantener vivo el Misterio. Un misterio concreto: el de la doctrina medieval de los dos infinitos. La cosmogonía feudal (cosmogonía, no cosmología) sostenía que el Mundo está constituido por Dos infinitos o dos principios creadores: el principio creador masculino, llamado Dios, y el principio creador femenino, que era la *materia prima* o materia primera, o sea, la Madre. Cada uno de estos principios -y este es el secreto- es de alcance cósmico. El “cada uno de los cuales” es el Misterio: dos Todos que conviven. Un Misterio que el almacorporal (Antonietta Potente) medieval vive y sostiene sin mayor dificultad; sobre todo la de las mujeres, que nacemos con la capacidad de ser dos. La mentalidad moderna, en cambio, no, ni tampoco la postmoderna, que no puede con este misterio y lo niega por la fuerza. Hasta hoy.

³ Christine de Pizan, *Le Ditié de Juana de Arco*, traducción de Cristina Morales Segura, edición de Cristina Morales Segura y Cristina Segura Graíño, Madrid, Almudayna, 2014. “La Querella de las Mujeres”, 13.

⁴ Gemma Beretta, *Ipazia d'Alessandria*, Roma, Editori Riuniti, 1993.